

Más allá de Yamato: en la periferia del poder. Consideraciones para el estudio de la antigüedad japonesa

Far beyond Yamato: on the periphery of power. Considerations for the study of ancient Japan

Irene M. Muñoz Fernández
Universidad Isabel I / GIR HUME (USAL)
irene.munnoz@gmail.com
[000-0003-4934-849X](https://doi.org/10.6018/pantarei/571591)

Recibido: 07/06/2023

Aceptado: 18/07/2023

Resumen

En este trabajo se realizará un análisis de la evolución histórica de las poblaciones tanto de la isla de Hokkaido como del ámbito okinawense. Para ello, se acudirá a distintas fuentes de información, como restos arqueológicos, fuentes textuales y estudios etnoantropológicos, gracias a los cuales se puede entender un poco mejor la relación entre las poblaciones actuales okinawense y ainu y sus ancestros pre y protohistóricos, así como la relación de éstos últimos con el ámbito cultural de Yamato, teniendo en cuenta las problemáticas concretas de ambos ámbitos. La posición periférica de ambos territorios con respecto al protoestado de Yamato será clave para comprender el devenir histórico de los dos, y será un factor importante que ha afectado a lo largo de la historia a la percepción de las culturas okinawense y ainu, así como a las diversas interpretaciones historiográficas de ambas.

Palabras clave

Japón, arqueología, historia antigua, prehistoria, relaciones culturales

Abstract

This paper will analyse the historical evolution of populations in both, the island of Hokkaido and the Okinawan area, with the aim of gaining a better understanding of the relationship between present-day Okinawan and Ainu populations and their prehistoric and protohistoric ancestors. Additionally, it aims to explore the connection of these ancestors to the cultural sphere of Yamato. In this work, an analysis of the historical evolution of populations in both northern Aomori and Hokkaido Island, as well as the Okinawan region, will be conducted. Various sources of information will be utilized, including archaeological remains, textual sources, and ethnoanthropological studies, aiming to a better understanding of the relationship between present-day Okinawan and Ainu populations and their pre- and protohistoric ancestors, as well as of their connection with the cultural sphere of Yamato, taking into account the specific issues of both areas. The peripheral position of both territories in relation to the proto-state of Yamato will be crucial in comprehending the historical development of the two regions, and it will be an important factor that has influenced the perception of Okinawan and Ainu cultures throughout history, as well as the diverse historiographical interpretations of both.

Keywords

Japan, archaeology, ancient history, prehistory, cultural relations

Para citar este artículo: Muñoz Fernández, Irene M. (2023). Más allá de Yamato: en la periferia del poder. Consideraciones para el estudio de la antigüedad japonesa. *Panta Rei. Revista digital de Historia y Didáctica de la Historia*, 17. DOI: 10.6018/pantarei.571591

1. Introducción

A pesar del desarrollo del Protoestado japonés durante el periodo Kofun (250-300 d.n.e.) y la fundación de la Corte japonesa de Nara en el año 711, es necesario tener en cuenta que no todos los habitantes del archipiélago japonés se integraron en el nuevo poder estatal de Yamato. De acuerdo con el *Nihongi* (también conocido como *Nihon Shoki*, compilado en el 720 d.n.e.) y el *Kojiki* (compilado en el año 712 d.n.e.), se registraron grupos que se opusieron al dominio del Estado Yamato, tanto al norte como al sur de sus fronteras. En particular, se menciona a los kumaso y los hayato del sur de Kyushu, si bien es importante tener en cuenta que, tal y como apunta Hudson, hay autores que postulan que en realidad se trata del mismo grupo poblacional y que los kumaso evolucionaron a los hayato. Otros autores, sin embargo, defienden que son dos grupos separados y diferenciados. La aparición tardía y el número relativamente reducido de túmulos típicos del periodo Kofun (250/300-710 d.n.e.) en esta región podrían indicar la resistencia tardía de los líderes locales a la autoridad de Yamato (Hudson, 1999).

Asimismo, tanto la isla de Hokkaido como el archipiélago de las Riukiu quedaron en la periferia de Yamato y no tuvieron contacto con la cultura yayoi (ca. 1000/900 a.n.e.-250/300 d.n.e.) ni con las poblaciones continentales que introdujeron esta cultura en el archipiélago. Esto podría explicar por qué, en términos de apariencia física y genética, los riukiuanos y los ainu actuales presentan una mayor similitud entre sí que con las poblaciones de las islas centrales de Japón. Algunos expertos, como Imamura (1996), sugieren que los riukiuanos se asemejan más a los antiguos jomon (ca. 7500-1000/900 a.n.e.) que a los ainu, tanto en características biológicas como lingüísticas. Takamiya (2004) cita diversos estudios sobre este tema, entre los que se encuentran los del antropólogo físico Hanihara, quien ha observado similitudes fenotípicas entre ambas poblaciones, mientras que su colega Doi, tras analizar las diferencias entre los okinawenses actuales y los antiguos, concluyó que se trata de dos grupos poblacionales distintos: los antiguos poseían un físico delicado, baja estatura y cráneo redondeado, mientras que los Gusuku (ca. 1200-1609) y sus descendientes presentaban una constitución más robusta, mayor estatura y cráneo alargado. Según Takamiya, otros investigadores, como Pietrusewsky, respaldan estas diferencias y sugieren que los antiguos okinawenses se parecen más a los japoneses de las islas principales que a los ainu o a los jomon. Esta teoría es compartida por investigadores como Dodo, quien, al analizar restos de jomon, ainu, yayoi, okinawenses actuales y otros grupos étnicos, llega a conclusiones similares (en Takamiya, 2004). A este respecto, el propio Takamiya (2004) apunta a que la población moderna de Okinawa desciende de los colonizadores jomon llegados a la isla, mezclados con las poblaciones agrícolas que migraron desde el Kyushu yayoi llevando el dialecto japonés a Okinawa (Crawford, 2011), y que terminarían reemplazando a las poblaciones preexistentes (Takamiya, 2009). No obstante, debido a la limitada cantidad de restos analizados hasta ahora, se requiere de futuras investigaciones para obtener conclusiones más sólidas.

Dada la marcada diferencia en la evolución entre las islas centrales y las periféricas de Japón, es crucial examinar la evolución de las poblaciones en Riukiu y Hokkaido para comprender las características y particularidades de las culturas presentes en esas regiones. En este estudio, se llevará a cabo un análisis de la evolución histórica de las poblaciones del norte de Aomori y la isla de Hokkaido, así como del ámbito okinawense,

con el fin de profundizar en la relación directa entre las poblaciones actuales de Okinawa y las poblaciones ainu y sus correspondientes antepasados pre y protohistóricos, y su relación con el ámbito cultural de Yamato (Figura 1).

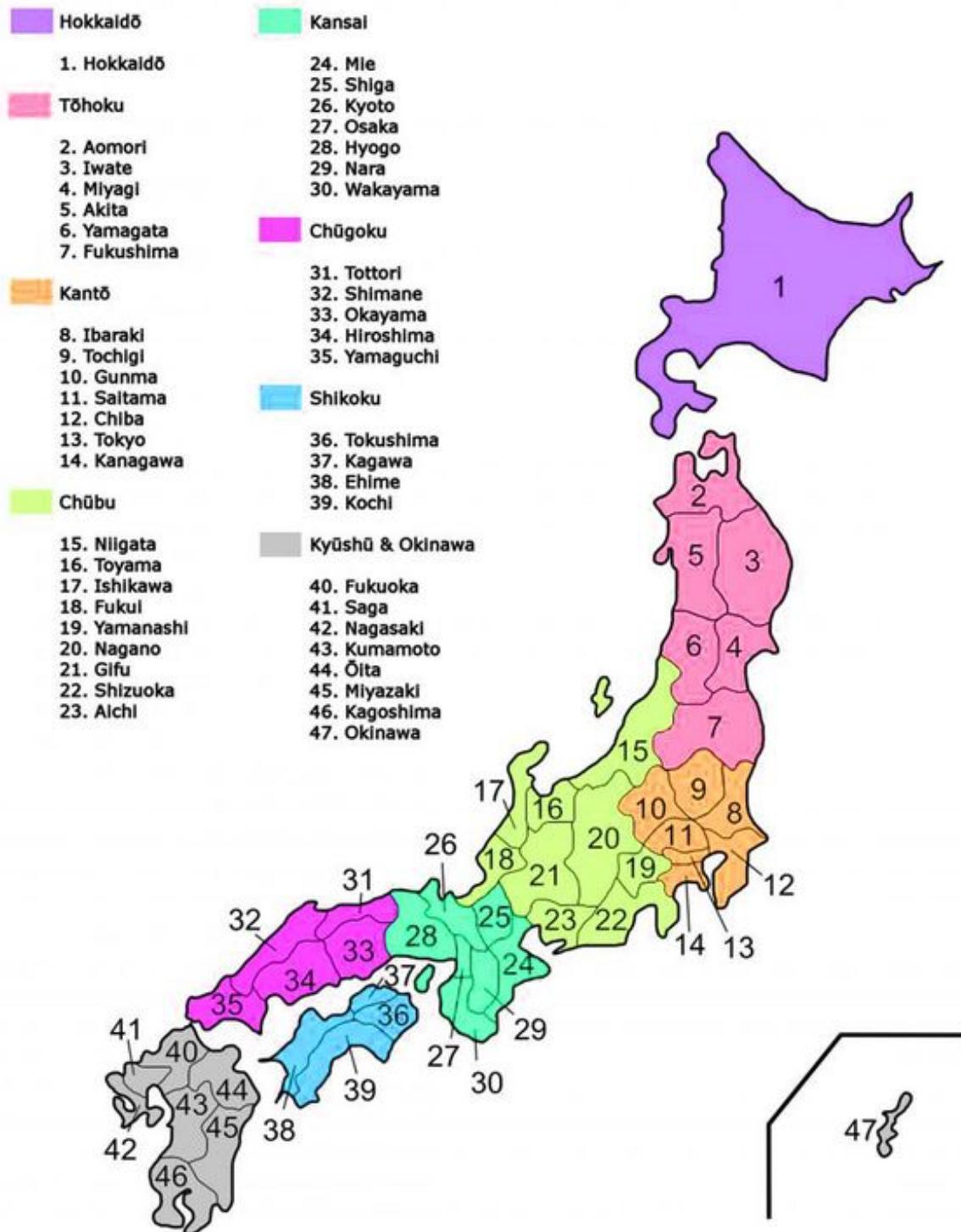


Figura 1. Prefecturas de Japón. Fuente: Josephnikhilesh. CC BY-SA 4.0 via Wikimedia Commons (Wikipedia).

2. Marco Teórico

2.1. Problemática específica del archipiélago de las Riukiu

El archipiélago de Riukiu plantea desafíos específicos al estudiar la Antigüedad en Japón. No se han encontrado evidencias de hábitats prehistóricos ni asentamientos jomon en las islas al sur de Okinawa. Estas islas tienen una mayor relación cultural con el sureste asiático que con el resto del archipiélago japonés, como se evidencia en la similitud de hachas de concha con las filipinas (Takahashi *et al.*, 2012).

La cuestión de las cronologías es otro aspecto importante. El estudio de las Riukiu y sus poblaciones no se ha abordado seriamente hasta tiempos recientes, y se ha aplicado la cronología empleada para las islas más grandes de Japón sin considerar las particularidades culturales y materiales de las islas de Riukiu. Aunque se hable de los períodos Jomon y Yayoi-Heian, la realidad cultural y tecnológica de Riukiu difiere mucho de las otras islas japonesas en esas mismas cronologías. Además, muchos autores no han actualizado sus cronologías para reflejar los avances en la fecha de inicio del período Yayoi. Como resultado, las Riukiu todavía se clasifican como Jomon Final en algunas tablas cronológicas, aunque no hayan experimentado una evolución cultural propia de ese período.

Sin embargo, en las últimas décadas, los arqueólogos e investigadores especialistas en el ámbito de Okinawa han desarrollado una secuencia cultural específica para el archipiélago y han logrado que se acepte la inclusión del "Período de los Concheros" (6000 a.n.e. - ca. 1100 d.n.e.) como equivalente al horizonte Jomon en las cronologías tradicionales. Esta ampliación de estudios ha contribuido a establecer una secuencia basada en la evolución cultural, centrándose en el desarrollo de los concheros, en lugar de equiparar lo que sucedía en Riukiu con el resto de Japón en ese momento. Aunque aún se requiere una cronología más precisa, se espera que futuros estudios ayuden a mejorarla y abandonar la dependencia de las secuencias cronológicas de las islas principales. En este trabajo, se utilizará la terminología específica acuñada para el archipiélago de Riukiu, que se considera más apropiada y coherente con su realidad cultural.

2.2. Problemática específica de las poblaciones de Hokkaido

Por su parte, el *limes* septentrional también albergaba poblaciones rebeldes a Yamato, con las que el nuevo Estado sostenía enfrentamientos permanentes. En el noreste de Honshu, las crónicas mencionan los emishi —también llamados yemishi—, aunque aún existe un conocimiento limitado sobre la naturaleza cultural de estos grupos para los investigadores, quienes no se ponen de acuerdo en cuanto a sus estrategias de subsistencia. Sin embargo, todo indica que abarcaban una amplia variedad de posibilidades, incluida la agricultura (Hudson, 1999).

Yamato reconocía a varias tribus emishi, a las que posteriormente denominaría como Ezo, el nombre con el que se conocía en aquel entonces a la isla de Hokkaido. Fue en esta isla donde quedó arrinconado el último núcleo poblacional que se resistió al sometimiento de Yamato. Es posible que esta coincidencia geográfica haya contribuido al desconocimiento sobre la composición de los emishi, generando una mezcla y confusión entre estos grupos y los ainu, considerados por algunos autores como los descendientes de los emishi

(Crawford, 1992). Sin embargo, no existen evidencias sólidas que demuestren una relación directa entre ambas poblaciones (Kidder, 1966). A pesar de la falta de información deducible de las fuentes escritas y arqueológicas, y tal y como indica el Dr. Rafael Abad (comunicación personal) todo parece indicar que la denominación de emishi fue un constructo creado por Yamato para referirse a todos los habitantes del norte de Honshu y Hokkaido que se encontraban fuera de la órbita del poder imperial, con el objetivo de replicar el esquema chino de centro-periferia con fines de justificación política y reafirmación del poder estatal. De hecho, cuando los emishi entraban en el sistema yamato pasaban a ser denominados *flushū* o *ishū*, lo que podría implicar que las diferencias étnicas entre estos grupos y aquellos situados en la órbita de Yamato no eran demasiado evidentes o, en cualquier caso, no eran consideradas como algo importante (Fukasawa, 1998).

Entre estos grupos, que no se autodenominaban como *emishi*, se encontraban las poblaciones zoku jomon y satsumon, tanto en un sentido arqueológico y material, como en el de personas nacidas dentro del ámbito de Yamato que, por diversas razones, acababan fuera de la órbita estatal o incluso se oponían a la expansión del control de Yamato (Hudson, 2014). Esto implica que no existía una unidad étnica entre estos supuestos grupos emishi. De hecho, durante el periodo Heian, esta región era considerada un refugio para aquellos que deseaban evadir impuestos y escapar del control gubernamental de Yamato por diversas razones (Crawford y Takamiya, 1990).

A este respecto, el *Nihongi* (II, XXVI, 14-16. Trad. Aston 1972, II, 261-264) hace referencia a la existencia de varios grupos emishi: Tsugaru-yemishi (los más lejanos), Ara-yemishi (situados en la zona intermedia), Nigi-yemishi (los más cercanos) y los emishi de Watarishima, que habitaban en la península de Oshima, en Hokkaido. También se distinguía entre los den'i (emishi de campo) y los san'i (emishi de montaña), es decir, entre aquellos que llevaban un modo de vida agrícola y los que no (Hudson, 1999). Incluso entre estos grupos, la relación con el Estado de Yamato era irregular, ya que las crónicas relatan que, mientras que los nigiyemishi rendían un tributo anual a la corte Yamato (*Nihongi* II, XXVI, 14. Trad. Aston 1972, II, 262), los emishi de Tsugaru y los Ara eran considerados como menos civilizados (Crawford y Takamiya, 1990), al menos desde el punto de vista yamato.

Otra cuestión a resolver, independientemente de la denominación que sus vecinos yamato les otorgaran, es la evolución que experimentaron las poblaciones indígenas del norte. Estas poblaciones, o bien no se habían integrado en las culturas Yayoi y Kofun, o bien habían adoptado algunas innovaciones culturales y tecnológicas provenientes de las regiones del sur, pero no se habían integrado en el aparato estatal yamato. Según algunos autores, como Kobayashi, estos grupos fueron presionados hacia el extremo septentrional de Honshu y la isla de Hokkaido, donde continuaron con un estilo de vida tradicional en un esfuerzo por preservar su identidad frente a los nuevos habitantes del archipiélago (Hudson, 1992). Estos grupos son generalmente conocidos en la historiografía como zoku jomon, o epi-jomon en algunas fuentes occidentales, y se requieren más investigaciones para definirlos y comprender su desarrollo de manera precisa.

Los zoku jomon se caracterizan principalmente por los tipos de cerámica. Estas cerámicas combinan ciertas características formales de las vasijas yayoi con las técnicas decorativas

cordadas típicas del período Jomon. Desde un punto de vista tipológico, se podría decir que las cerámicas del Zoku Jomon son precedidas por las cerámicas del Jomon Final, seguidas por las cerámicas Ezo-haji y posteriormente por las de la cultura satsumon. Aunque estas últimas muestran una morfología similar a las piezas yayoi, los contextos arqueológicos en los que se encuentran sugieren que en realidad eran contemporáneas al período Kofun en el resto del archipiélago (Aikens y Higuchi, 1982).

Durante este período, se han encontrado algunos pequeños túmulos en el norte de Tohoku, aunque proporcionan poca información sobre la presencia temprana del Estado Yamato en la región. Lo que se sabe es que la existencia de estas tumbas coincide con la difusión de la cerámica haji del período Kofun Medio y que, a pesar de que el Zoku Jomon persistió durante algún tiempo en el extremo septentrional de Tohoku, la presencia de esta tipología cerámica es muy común en toda el área (Crawford y Takamiya, 1990). En cualquier caso, todo parece indicar que, al margen de la presencia de cerámicas *kofun* en Hokkaido, la influencia del Kofun en las tierras del extremo septentrional del archipiélago fue muy limitada (Aikens y Higuchi, 1982).

Queda pendiente resolver la cuestión de cómo se produjo la transición del complejo cultural del periodo Zoku Jomon al del Satsumon. Kidder (1997) define a la fase cultural Satsumon como superviviente de la cultura Jomon, lo cual da una idea de la altísima afinidad entre ambos complejos culturales y, por extensión, de la complejidad para definir los procesos que llevaron a las culturas Zoku-Jomon a evolucionar hasta conformar el Satsumon. Aunque aún no está claramente definido el proceso mediante el cual se llevó a cabo la evolución de una etapa a la siguiente, la mayoría de los investigadores parecen estar de acuerdo en que la cultura del Zoku Jomon tardío, que coincide aproximadamente con la fundación de la capital Heijo en Nara en el año 710 d.C. — cuando el Yayoi era solo un recuerdo lejano en las islas principales del archipiélago japonés y el Zoku Jomon se encontraba confinado al norte de Tohoku y a la isla de Hokkaido—, de alguna manera desembocó en la nueva cultura Satsumon (Pearson, 1992).

Sin embargo, los datos sobre la transición del Zoku Jomon al Satsumon son tan escasos que ni siquiera se sabe si esta evolución fue parte de un proceso de asimilación de los complejos Zoku Jomon dentro de la nueva cultura Satsumon, que integró la tradición anterior, o si, por el contrario, fue un proceso de reemplazo de una cultura por otra. De hecho, algunos investigadores, como Crawford y Takamiya (1990), incluyen en la denominada Fase Ezo tanto la fase Ezo-haji, correspondiente a los tipos cerámicos ezo, como la fase subsiguiente Satsumon (Fujimoto 1981). A este complicado problema cronológico se suma el hecho de que, mientras que el norte de Aomori parece tener cierta unidad cultural con el sur de Hokkaido en los primeros momentos, la primera región acabará bajo el control de Yamato, mientras que Hokkaido continuará durante muchos siglos con su propia evolución, teniendo en cuenta también las diferencias locales y regionales.

A pesar del limitado conocimiento que se tiene sobre el surgimiento de la cultura satsumon y su relación exacta con el Zoku Jomon y el Yayoi, parece haber ciertos detalles que ayudan a tener una mejor comprensión del desarrollo de este proceso. Se observan cambios significativos no solo en lo que respecta a la cultura, sino también en relación con la tecnología, la subsistencia e incluso el patrón de asentamiento (Crawford, 2011). De sus

vecinos del sur, los Satsumon adoptaron los kamado (hornos de obra) y la forja de hierro. También se documenta el cultivo de cebada y mijo en varios yacimientos Satsumon (Hudson, 1999), lo que indica que los contactos con los yayoi y kofun fueron más que ocasionales.

Por otra parte, también está la cuestión territorial: mientras que el Zoku Jomon fue reemplazado por la cultura Satsumon en el sur de Hokkaido, en la costa norte de la isla fue gradualmente sustituido por la cultura Okhotsk (Ono, 1999), compuesta principalmente por una serie de poblaciones que emigraron desde la cuenca baja del río Amur, huyendo de la presión fiscal de la China Sui. Estos grupos poblacionales parecen haber experimentado una extensa diáspora, posiblemente como resultado de su estilo de vida como cazadores de grandes mamíferos marinos, ya que se les ha asociado no solo con los grupos poblacionales que llegaron a Hokkaido, sino también con otras culturas de la costa norte del mar de Okhotsk, como la cultura Tokarev (Imamura, 1996). Durante su migración hacia el sur, los Okhotsk habrían atravesado el archipiélago de las Sakhalin, alcanzando su punto más meridional entre los años 400 y 500, para luego dirigirse hacia el norte de Hokkaido. Una vez en la isla, se expandieron a lo largo de la costa noreste, estableciéndose plenamente hacia el año 600. Posteriormente, se desplazaron hacia las costas más septentrionales de la isla y, desde allí, dieron el salto al archipiélago de las Kuriles entre los años 600 y 700 (Yamaura y Ushino, 1999). Los estudios de ADN revelan una estrecha relación entre los Okhotsk y las poblaciones tanto de la cuenca baja del río Amur como del archipiélago de las Sakhalin (Crawford, 2011), lo cual se confirma por la conexión cercana entre las producciones alfareras de ambas regiones (Abad, 2014).

Una vez en Hokkaido, los Okhotsk coexistieron con los Satsumon en la costa norte. De hecho, en algunos yacimientos se han encontrado cerámicas de ambas culturas en el mismo contexto habitacional, como por ejemplo en Rausu, Sakaeura II u Omambetsu, en la desembocadura del río Tokoro. Sin embargo, al menos inicialmente, la convivencia de ambas culturas no implicó una pérdida de sus respectivos rasgos culturales, que eran claramente visibles tanto en la arquitectura como en la cerámica. De hecho, todo indica que los Okhotsk nunca asimilaron los avances culturales del resto del archipiélago japonés (Aikens y Higuchi, 1982), a pesar de convivir estrechamente con los Satsumon en muchas ocasiones.

Es aquí donde aparece una de las problemáticas más interesantes a la hora de estudiar a las poblaciones de Hokkaido pues no son pocas las ocasiones en las que, bien por desconocimiento, bien por simplificación, se afirma que las actuales poblaciones ainu son los descendientes directos de la cultura Jomon, planteando una descripción lineal de la evolución Jomon→Zoku Jomon→Satsumon→Ainu. Al margen de la complicación de definir a las culturas Zoku Jomon y Satsumon como culturas “puras”, sin aportaciones de otras entidades culturales como el propio Yayoi, es aún más difícil adjudicarle a la propia cultura ainu una evolución directa a partir de las poblaciones Satsumon pues, si bien es cierto que el Satsumon daría paso a la cultura ainu en Hokkaido, hay que matizar que, antes de culminarse dicho proceso, el Satsumon tendría primero que mezclarse con la cultura okhotsk de la costa noreste de Hokkaido para dar lugar al Tobinitai. Será la integración de los complejos culturales satsumon, okhotsk y tobinitai la que dará lugar a la emergencia del ainu (Smale, 2014).

3. Metodología

En general, este trabajo ha llevado a cabo un enfoque multifacético que combina el análisis de restos arqueológicos, fuentes textuales antiguas y estudios comparativos con otras esferas culturales, lo que es crucial para estudiar de manera integral la evolución, características e interrelación entre los territorios periféricos a Yamato y el emergente Estado imperial. Así pues, el enfoque principal de este trabajo incluye las siguientes fuentes:

1. Restos arqueológicos: al tratarse de cronologías en las que las culturas estudiadas no han adoptado la escritura todavía, la interpretación de estos restos en términos de rituales puede ser desafiante debido a la falta de un marco contextual específico. Por lo tanto, es necesario combinar su estudio con otras fuentes para comprender.

2. Fuentes textuales antiguas: Obras de compilación como las crónicas imperiales y los Fudoki (registros provinciales) describen –si bien, de manera muy subjetiva- a los habitantes de los territorios periféricos, así como los episodios de contactos con ellos. Aunque estos textos fueron escritos durante períodos históricos en ocasiones posteriores a las épocas tratadas en este trabajo, en ocasiones compilan obras anteriores y, lo que es más importante, diversas informaciones provenientes de la literatura oral. Es importante tener en cuenta que se produjeron cambios, evoluciones y adiciones en estos textos a lo largo de los siglos y, por lo tanto, depender únicamente de estos textos para la interpretación es insuficiente, y se deben consultar otras fuentes para desarrollar una comprensión más precisa de las poblaciones objeto de estudio. Además, debido a la falta de textos protohistóricos contemporáneos en Japón, se han examinado otras crónicas y textos de esferas culturales como China y Corea, dentro de la Esfera de Interacción del Mar Amarillo, debido a la integración bien establecida del archipiélago japonés en esta unidad supra-cultural (Muñoz, 2017).

3. El estudio de la antropología y etnología folklórica puede ayudar a identificar posibles supervivencias en las costumbres actuales, especialmente en el ámbito ritual. Esto ayuda a comprender los procesos estudiados y comparar los restos materiales con los hallazgos arqueológicos.

Combinando las diferentes fuentes de información mencionadas se puede llegar a un mayor entendimiento de las culturas estudiadas y, muy especialmente, de las relaciones entre ellas, pues los intercambios de materiales, productos y otros enseres son complementados con las narraciones de las numerosas fuentes escritas al respecto, así como por diversas tradiciones que, a día de hoy, aún pueden rastrearse en el sustrato cultural y folclórico, y que pueden ayudar a comprender la profundidad de las relaciones establecidas en tiempos protohistóricos, así como numerosos aspectos de la actual concepción de estas poblaciones dentro y fuera del archipiélago japonés.

4. Resultados y discusión

4.1. El archipiélago de las Riukiu: la conquista del Sur

Los análisis paleogeomorfológicos indican que los primeros colonizadores exitosos de las Riukiu llegaron entre el final del Jomon Medio y el Jomon Tardío. Sin embargo, algunos autores afirman que la población moderna no descende de estos colonizadores iniciales, sino de grupos agrícolas migrados posteriormente a las islas, que sustituyeron a las poblaciones jomon. En 1997, Naomi Doi fue quien reconoció por primera vez las diferencias osteológicas entre las poblaciones indígenas de las Riukiu y un grupo al que denominó "gentes recientes", que son los antepasados directos de las poblaciones Gusuku y, por ende, de los actuales okinawenses (Takamiya, 2009).

Varios estudios lingüísticos sugieren que el Okinawense actual está relacionado con el japonés, y la mayoría de los lingüistas japoneses consideran el riukiitano como un dialecto del japonés. Se cree que ambos derivan de un ancestro común, el protojapónico, del cual se separaron en algún momento a principios de esta era (Hudson, 1999. Takamiya, 2004). Aunque las cronologías de esta separación no están claras, los investigadores han proporcionado fechas que varían desde 1400 BP hasta el periodo comprendido entre los siglos II/III y VII/VIII d.n.e. (Takamiya, 2009).

Hokama estudió la antigua poesía de Okinawa y concluyó que los dialectos de la zona surgieron a partir de una migración de un pequeño grupo de agricultores de arroz del sur de Kyushu. Esta opinión es respaldada por otros investigadores como Crawford (Crawford, 2011) o Hudson, que sitúa esta migración entre el 200 y el 700 d.n.e. (Takamiya, 2004). Sin embargo, hay pocos datos disponibles sobre la formación del Riukiitano, lo que hace que todas las teorías sean especulativas y difíciles de encajar en el registro arqueológico. Aunque no se sabe si las primeras poblaciones se mantuvieron en la isla o se extinguieron, hasta ahora no se ha informado de ningún yacimiento claramente datable a finales del Concheros Inicial II. Sin embargo, se observa un rápido crecimiento poblacional en el Concheros Inicial III (Takamiya, 1996).

En cuanto a la periodización temprana de las islas, durante ese periodo, los patrones de subsistencia en las Riukiu se centraban en el marisqueo y la pesca de especies obtenidas del arrecife. Los concheros son abundantes en todos los asentamientos y contienen una gran cantidad de conchas de gran tamaño y restos de procesamiento de pescado. Además, existen pruebas de que las conchas marinas se procesaban para hacer brazaletes, que se intercambiaban con los yayoi de las islas septentrionales, cuyas élites eran enterradas con ellos (Asato, 2009).

Estos brazaletes se han encontrado en numerosos yacimientos de Kyushu, Shikoku y Honshu, lo que demuestra la existencia de sólidas redes comerciales que permitían el intercambio de materiales entre el archipiélago de las Riukiu y lugares tan distantes como la isla de Hokkaido, donde también se han encontrado varias piezas de adorno personal fabricadas a partir de conchas procedentes de Okinawa (Crawford, 1992). El comercio de los brazaletes de concha de las Riukiu continuó durante todo el periodo Yayoi en las islas septentrionales, alcanzando su punto álgido durante el Yayoi Medio. Estos brazaletes eran considerados símbolos de prestigio y eran tan apreciados que los yayoi viajaban a las Riukiu en busca del preciado material con el que se fabricaban. Algunas tumbas

excavadas en las Riukiu, que aparentemente pertenecían a personas costeras de Kyushu, respaldan esta idea y sugieren que eran quienes viajaban al archipiélago para comerciar. Hacia el siglo VII d.C., los brazaletes habrían obtenido un gran éxito entre las élites de las islas, lo que resultó en su exportación desde Kyushu hacia la península coreana, donde también se han encontrado varios ejemplares (Kinoshita, 2003). Sin embargo, con el surgimiento del protoestado, las élites kofun comenzaron a reemplazar los brazaletes de concha importados de las Riukiu por otros similares hechos de bronce y jaspe, aunque manteniendo la misma forma en todos los casos (Hudson, 1999).

¿Qué intercambiaban los riukiuanos con los yayoi a cambio de los brazaletes de concha o las conchas en sí? Se han encontrado en algunos yacimientos de Okinawa artículos de lujo, como fragmentos de espejo de bronce (Takamiya, 2008) y piezas de talco (Pearson, 1990) provenientes de la prefectura de Saga. Además, se han hallado numerosas cerámicas yayoi de Kyushu, especialmente recipientes de almacenamiento, que parecen indicar el intercambio de alimentos como arroz, judías, posiblemente algún tipo especial de sake y posiblemente cerdos, que podrían haber sido utilizados por los habitantes de las islas como ofrendas ceremoniales (Pearson, 2013). Autores como Hudson (1990) señalan la influencia que estas cerámicas yayoi pudieron tener en algunas tipologías locales, como el Ushuku A de Okinawa, lo que demuestra la frecuencia de los contactos entre ambas culturas. Algunas de estas cerámicas presentan evidencias de haber sufrido reparaciones, costumbre atestiguada por la aparición de fragmentos cerámicos con perforaciones. Este tipo de reparaciones eran habituales tanto en las islas septentrionales del archipiélago japonés como en las Riukiu; sin embargo, esta costumbre desaparecerá en las primeras con la llegada del Yayoi, momento a partir del cual la cerámica rota deja de repararse y se sustituye por otra nueva. Por el contrario, en Okinawa, este método de reparación sí continuó practicándose de manera habitual y, de hecho, se han encontrado en suelo okinawense cerámicas yayoi que han sufrido estas reparaciones, por lo que se deduce que fueron reparadas por los insulares de Okinawa y no por los yayoi que las fabricaron (Nakazono, 2011).

Aunque no se registra una estratificación social clara, parece que en los circuitos de intercambio de conchas con las islas septentrionales participaban personajes locales que lograron capitalizar el comercio debido a su relevancia dentro de las comunidades involucradas o que alcanzaron dicho prestigio social como resultado del intercambio comercial y sus contactos con los yayoi (Hudson, 1999).

En el Concheros Tardío IV, el comercio de pulseras de concha con Kyushu comienza a decaer en favor de las imitaciones de bronce. A pesar de esto, los habitantes de las Riukiu continuaron acumulando material y brazaletes, que fueron empleados por los lugareños (Kinoshita, 2009), posiblemente miembros de una nueva clase dominante que poco a poco fue configurando la sociedad riukiuanas hasta llegar a las jefaturas locales de la época de Gusuku. Este periodo Gusuku toma su nombre de las fortalezas que las nuevas jefaturas locales comenzaron a levantar (Abad, 2014; Asato, 2009), y que son un claro reflejo de la estratificación social y el enfrentamiento, tanto entre grupos insulares —posiblemente por el control de los terrenos de cultivo—, como con los piratas *wako* (倭寇, “bandidos de Wa”) (Sahara, 1992; Turnbull, 2007).

Durante este período, la agricultura, la ganadería y la producción de hierro se extendieron ampliamente por las islas. El trabajo del hierro no solo facilitó la implementación de herramientas agrícolas, sino también un desarrollo armamentístico que fue aprovechado por las diferentes jefaturas locales, que se enfrentaron por el control del territorio (Asato, 2009). En este momento, ya en época Gusuku, se observa un rápido crecimiento poblacional, que se interpreta como el inicio de la producción local de alimentos y el surgimiento de una sociedad estratificada (Takamiya, 1996), posiblemente como resultado de la inmigración de personas de Kyushu que introdujeron un sistema agrícola desarrollado en las islas. Esto explicaría por qué el ADN de los pobladores actuales de las Riukiu está vinculado a estas poblaciones originarias de Kyushu (Crawford, 2011).

En el siglo XIV, tres grandes gobernantes regionales lograron establecer sus reinos en diferentes partes de la isla de Okinawa, y en 1429 se unificaron bajo el nombre de "Reino Riukiu". Desde 1372, el reino había estado bajo la protección nominal de la dinastía Ming en China, lo que hizo que el Reino de Riukiu estuviera más influenciado por China que por Japón. Sin embargo, en 1609, con la connivencia del *shogun* Tokugawa, el dominio de Shimazu, que tenía su base en el extremo meridional de Kyushu, conquistó las Riukiu e impuso medidas fiscales severas que llevaron a la pérdida de la prosperidad que las islas habían experimentado como estado mercante hasta ese momento.

Con la llegada del gobierno Meiji, se intentó abolir el estatus de reino que aún conservaba el archipiélago, pero se encontró con la oposición de los habitantes locales, que contaron con el apoyo de la corte china Qing. Sin embargo, en 1879, el gobierno japonés logró hacer efectiva la creación de la prefectura de Okinawa mediante amenazas militares (Ishige, 2001).

4.2. Emishi: los rebeldes del Norte

La primera problemática que se plantea con las poblaciones del Norte es la de las propias denominaciones, especialmente importantes cuando se trata de las poblaciones ainu y sus relaciones con el resto de la población japonesa: "wajin" es un término acuñado en el periodo Edo por los japoneses "no ainu" para referirse a sí mismos, si bien los ainu adoptaron esta terminología a partir de época Meiji. En el periodo de entreguerras los investigadores *wajin* aplicaban el término "yamato" para referirse a sí mismos y diferenciar a los japoneses de las islas principales de los japoneses ainu y riukiuanos, pero dada la asociación de dicho término con el nacionalismo de la época de preguerra, ha caído en desuso. Algunos autores emplean el término ainu "shamo" ("vecino"), argumentando que es una palabra más empleada a nivel no académico por los propios ainu y que ha estado en uso desde mucho antes que la palabra "wajin", siendo su primera aparición escrita en 1467 (Howell, 2014); pero actualmente este término, a pesar de ser utilizado con asiduidad por los propios ainu, contiene un matiz despectivo ("gente en la que no se puede confiar". Sjöberg, 1993); en este trabajo, se ha preferido emplear el término "wajin", a pesar de ser una palabra de origen no ainu y menos utilizada, precisamente por evitar dicho matiz despectivo.

Como ya se puede adivinar por las líneas precedentes, las relaciones de estas poblaciones del norte del archipiélago japonés con los habitantes del Estado imperial desde épocas Nara (710-794) y Heian (794-1185) parecen haber estado impregnadas

de un estado de desconfianza mutua y enfrentamientos locales: diversas campañas militares yamato en el Norte se enfrentaron a una gran resistencia por parte de las poblaciones locales, motivo por el cual se seguía considerando la zona como un área hostil a los intereses estatales. Si bien parece que los habitantes de las zonas fronterizas (al sur de las actuales prefecturas de Akita e Iwate) vivían en relativa calma y armonía con sus vecinos yamato, todo parece indicar que, en las zonas donde el contacto era más esporádico o casi inexistente, las tensiones y enfrentamientos no eran extraños; aun así, el levantamiento por parte del Estado imperial de establecimientos fortificados en el norte de Tohoku, como Hottanosaku, fundado alrededor del año 800, está directamente relacionado con los enfrentamientos con las comunidades emishi y con las incursiones y asaltos con los que estos grupos castigaban a las comunidades locales, reflejadas en diversos registros en los que se relatan estas *razzias* lanzadas sobre asentamientos yamato del norte de Tohoku como, por ejemplo, el asalto a Tagajo, en la prefectura de Miyagi, a finales del s. VIII, o el ataque que sufrió Akita a finales del s. IX (Crawford y Takamiya, 1990). Ciertamente es que no siempre se resolvieron estos enfrentamientos a golpe de espada: el *Nihongi* (II, XXVI, 5. Trad. Aston 1972, II, 252) relata cómo una expedición de 180 naves enviada en el año 658 contra los emishi de la prefectura de Akita terminó en una rendición pacífica por parte de las poblaciones locales y cómo, en la misma campaña, se celebró con los emishi de Watari no shima (sin duda, la isla de Hokkaido) un banquete de confraternización entre ambos bandos, justo unos meses antes de que una delegación de más de doscientos emishi llegaran a la corte imperial a rendir tributo a la emperatriz.

Hacia el cambio de milenio, aparece en la costa Este de Hokkaido una cultura híbrida entre la Okhotsk y la Satsumon, conocida como Tobinitai (Hudson, 1999), que ha sido definida en función de ciertas características de su cultura material (Aikens y Higuchi, 1982). Además, mientras que los grupos okhotsk podían vivir de la caza de otarios en las Sakhalin y el norte de Hokkaido, en la costa Noreste de Hokkaido estos grandes mamíferos marinos no eran tan abundantes, debido a que en esta zona las bajas temperaturas propiciaban una capa de hielo demasiado gruesa en el mar que dificultaba la captura de los mismos (Hudson, 2004); en su lugar, las poblaciones okhotsk de la zona tuvieron que adaptar la obtención de recursos en base a otras especies del entorno, como el salmón o el ciervo, motivo por el cual fueron modificados tanto su repertorio de armamento como su propia base de subsistencia, adoptando los de sus vecinos satsumon (Smale, 2014). Algunos investigadores han ligado este cambio en la estrategia de subsistencia al declive del comercio de pieles de mamíferos marinos tras la caída de los Tang y de Parhae, paralelo a la cada vez mayor influencia satsumon, pero no parece que hayan sido capaces de explicar en detalle los procesos causales involucrados en esta evolución (Hudson, 1999). En cualquier caso, un análisis detallado de los materiales, tanto okhotsk como satsumon, excavados en yacimientos tobinitai ejemplariza claramente esta hibridación de la que surgirán los tobinitai: mientras que los objetos que muestran rasgos culturales okhotsk son más habituales, se puede observar un influjo creciente de los artefactos culturales satsumon que, gradualmente, irán incrementando su presencia a la par que los de influencia okhotsk irán disminuyendo (Smale, 2014), evolución que parece desembocar en una asimilación completa de la cultura okhotsk dentro de la satsumon en un proceso que durará unos doscientos años, momento en el que finalizará dicha evolución para dar lugar a la cultura ainu; esta nueva cultura se expandirá hacia las Sakhalin y las

Kuriles, reemplazando o desplazando de una manera abrupta (Hudson, 2004) a las poblaciones okhotsk que aún no habían sido asimiladas (Hudson, 1999).

Así, hacia finales del s. XI, los okhotsk desaparecen de Hokkaido, aunque algunos investigadores defienden que estas poblaciones fueron desplazadas a las Sakhalin, donde aún permanecerán un poco más (Hudson, 2004), hasta el s. XVI-XVII, cuando los ainu toman posesión de los territorios insulares de las Sakhalin y las Kuriles y, aunque si bien es posible que sean descendientes de los okhotsk los cazadores conocidos como gilyak, que ocuparon —ya en época histórica— el extremo de las Sakhalin más cercano al continente, así como los que se encontraban en las costas septentrionales del mar de Okhotsk (los koryak y los kamchadal), la arqueología aún tiene que aportar más datos para poder aseverarlo con mayor seguridad (Aikens y Higuchi, 1982). Algunos autores han querido explicar esta expansión hacia el Norte, primero de los satsumon y, posteriormente, de los ainu, en función de un cambio climático que, supuestamente, dificultó la agricultura en el norte de Tohoku y en Hokkaido, forzando a las poblaciones septentrionales a obtener bienes de subsistencia por medio del comercio (Hudson, 1999), pero todavía quedan detalles por aclarar antes de aceptar por completo esta teoría, ya que, aunque es cierto que el cultivo del arroz sí podría haberse visto afectado por el enfriamiento climático, no está claro que dicho cambio de temperatura hubiera afectado al mijo o a otros cultivos mejor adaptados a las bajas temperaturas que también sembraban estas poblaciones. Además, con los datos actualmente disponibles, si bien se conoce que las poblaciones satsumon practicaban la agricultura con normalidad (Crawford y Takamiya, 1990), no se puede saber hasta qué punto tuvieron o no dependencia de una agricultura a gran escala.

Por otro lado, hay autores que argumentan que la desaparición de los okhotsk se debió a la presión de sus vecinos satsumon —y, posteriormente, los ainu— que, a su vez, estaban sufriendo las consecuencias de la expansión en Hokkaido de sus vecinos *wajin* del sur, registrada en los textos japoneses en forma de alusiones a enfrentamientos con los “bárbaros del Norte” en su expansión colonizadora (Aikens y Higuchi, 1982), si bien dicha expansión no fue realmente intensiva hasta el s.XV, momento en el que se comienzan a levantar numerosos *chashi* (砦) (Sahara, 1992), una serie de fortificaciones en alto, con empalizadas fosos y rampas de tierra, que reflejan el aumento de las tensiones y los enfrentamientos armados entre las poblaciones locales por el control de los recursos como consecuencia de la expansión del Estado imperial en la zona. Muchos arqueólogos, sin embargo, todavía defienden un modelo unilineal según el cual los ainu serían herederos directos de los zoku jomon a pesar de que los datos, tanto osteológicos como los arqueológicos, son consistentes con un parentesco entre los satsumon y los ainu (Crawford, 1992).

En cualquier caso, el cambio del Satsumon al Ainu no es en absoluto difuso, de hecho, la transición entre el Satsumon y el periodo formativo del Ainu puede ser determinada por un cambio en la tipología de vivienda, que pasó de consistir en un simple fondo de cabaña excavado, a convertirse en una cabaña construida en superficie, a lo que hay que añadir la completa desaparición de las cerámicas de producción local, reemplazadas por recipientes de hierro, laca y porcelana obtenidos a través del comercio con las poblaciones *wajin* (Hudson, 1999). En cualquier caso, es necesario tener en cuenta que, aunque el registro arqueológico no muestra una continuidad clara entre la cultura

satsumon y la ainu, si se presta atención a las evidencias arqueológicas, éstas sí que dejan entrever cierta continuidad entre ambas culturas que permite definir a la primera como la predecesora de la segunda. Además, a pesar de las diferencias entre ambas que podrían sugerir una ruptura dramática, según van avanzando los estudios, se van descubriendo sugerentes relaciones entre la cultura material de las dos, especialmente en lo referente a los aparejos de pesca, como el *marekku* o las *teshi* (Fukasawa, 1998); de hecho, es significativa esta continuidad, precisamente, en lo referente a la pesca de especies anádromas, pues algunos autores afirman que un aspecto tan importante para la economía ainu como la pesca intensiva del salmón con fines comerciales podría haber tenido su origen en época satsumon (Hudson, 1999).

Otro aspecto destacable que apunta en la dirección del parentesco entre el Satsumon y el ainu se puede observar en los diseños cerámicos de estos últimos, que puede ser trazado con facilidad hasta las cerámicas del Zoku-Jomon, o incluso del Jomon Final, época en la que también podría tener sus raíces la importancia que se atribuye al oso en la cultura ainu, tal y como muestran los osos tallados en las famosas cucharas de asta del yacimiento Zoku-Jomon de Usu 100 (Hudson, 1999).

¿Por qué es tan importante el hecho de que los ainu sean o no descendientes directos de los satsumon? Porque, a pesar de algunas influencias externas, como las de los okhotsk, en su proceso formativo, o la de los propios *wajin* a lo largo de toda su historia, la cultura ainu ha conservado gran parte de su carácter, hecho favorecido por el alto grado de aislamiento de sus poblaciones, lo que ha facilitado la perduración de un gran espectro de aspectos culturales, tanto satsumon como, incluso, Zoku-Jomon, hasta la época moderna, incluyendo ciertas prácticas rituales y de obtención de recursos alimenticios, lo cual puede facilitar la comprensión y comparación de objetos arqueológicos y ritualidades en contextos pre-ainu que se han perpetuado dentro del elenco material ainu como, por ejemplo, los *marekku* encontrados en contextos satsumon, cuyo uso práctico se ve reflejado en los numerosos registros fotográficos que retratan a poblaciones ainu a partir de finales del s. XIX.

Como ya se ha mencionado, bajo la categoría de “emishi” se aglutinaba un conglomerado de grupos humanos fuera de la órbita y el control estatal de Yamato, y los antepasados de los ainu también entraron a formar parte de esta categoría en las crónicas y documentación subsiguiente. De hecho, sigue existiendo bastante confusión entre los investigadores con la delimitación de ambos grupos: algunos autores defienden que los emishi son ancestros de los ainu (Crawford, 1992), o que todos los emishi eran ainu (Hudson, 2014). Sin embargo, como ya se ha comentado en este trabajo, los emishi eran un grupo heterogéneo al que pertenecieron los diversos grupos que lograron mantenerse fuera de la órbita de control del Estado japonés, lo que incluye a los ainu, pero también a grupos zoku jomon, satsumon o de rebeldes y fuera de la ley yamato, entre otros. El hecho de que, en el s. XVIII, se siguiera hablando de los emishi en los registros tokugawa deja totalmente claro que la posibilidad de que dicho grupo fuera antepasado de los ainu es una malinterpretación de la naturaleza y cronologías de ambos grupos. La circunstancia de que, en cierto momento, los emishi terminaran relegados a la isla de Hokkaido como consecuencia de la expansión imperial por la totalidad de Honshū, ha añadido aún más confusión al asunto, al haber equiparado muchos autores la denominación de “ainu” a la de “ezo” —los habitantes de la isla de Ezo, es decir, Hokkaido (Crawford, 1992). Desde

el s. VII, los emishi fueron un quebradero de cabeza para el Estado yamato, que se enfrentó a ellos en numerosas ocasiones con la intención de subyugarlos, pero el hecho de que presentaran siempre una gran resistencia hacía que, según los registros tokugawa en Tohoku del s. XVIII, tuvieran fama de duros y hábiles para la supervivencia como grupo tribal (Kidder, 1977). Así pues, mientras que en otras islas del archipiélago nipón el Estado japonés ya estaba plenamente establecido, en las zonas periféricas la influencia del Yayoi y del Kofun fue indirecta y mantuvo una altísima afinidad con el Jomon preexistente. Hacia el s. VII, el norte de Honshu había caído bajo algún tipo de influencia del Estado yamato, si bien, no está claro hasta qué punto dicha influencia fue más o menos intensa; es en este momento cuando comienzan a aparecer túmulos funerarios de influencia septentrional en el extremo norte de Tohoku (Crawford, 1992), quizás como reflejo del esfuerzo yamato de incorporar bajo su dominio a los grupos septentrionales a través de las relaciones diplomáticas con las élites de los mismos.

A pesar de que, en algunas ocasiones, Yamato conseguía ampliar su control sobre los grupos septentrionales de manera pacífica, en otras, el conflicto continuó siendo evidente y los enfrentamientos con el ejército del sistema político del *ritsuryō* ayudaron a estas poblaciones a forjar una mayor coherencia interna como grupo étnico, resultando en una uniformidad cada vez más marcada dentro de una cultura que, como ya se ha visto, era una amalgama de elementos zoku jomon, satsumon y okhotsk (Hudson, 1999). Estos enfrentamientos han sido largamente ignorados por la historiografía de la postguerra, fuertemente influenciada por la escuela marxista, que ha enfatizado el carácter pacífico de los jomon y otros cazadores recolectores —entre los que se englobaría a los antepasados de los ainu—, frente a la opresión y explotación de Yamato como imagen del desarrollo de la agricultura y del Estado. En cualquier caso, a pesar de la imagen que la escuela marxista ha divulgado, es importante tener en cuenta que las relaciones entre ainu y *wajin* no siempre fueron enfrentadas, sino que, como ya se ha comentado anteriormente, eran habituales la coexistencia pacífica, el intercambio comercial entre ambas comunidades e, incluso, la integración de grupos ainu y *wajin*. A pesar de esto, dicha coexistencia ha estado salpicada a lo largo de la historia por enfrentamientos ocasionales entre ainu y *wajin*, como la guerra de Koshmain (1457), la guerra de Shakushain (1669) o la guerra de Menashi-kunashir (1789), además de otros conflictos menores mencionados en las fuentes japonesas, así como en leyendas orales que apuntan a la existencia de enfrentamientos internos entre los propios grupos ainu (Hudson, 2014), que fueron aprovechados por el gobierno imperial japonés para avanzar territorialmente sobre Hokkaido, facilitando que diversos grupos de *wajin* fueran estableciéndose en Ezo poco a poco.

Hacia el s. XIV se acelera la migración *wajin* en el territorio de Hokkaido, poblaciones que llegaban, en parte, para ocupar nuevos territorios que explotar; pero también se sabe que Ezo era un lugar de deportación de criminales, castigados al destierro por el *bakufu* de Kamakura (Yamaura y Ushiro, 1999). Fue este mismo shogunado el que nombró a la familia Andō como gobernantes de la zona de Tsugaru, estableciendo éstos su centro de poder en Tosaminato (Tsugaru), un importante puerto comercial en las rutas del Mar de Japón, al que llegaban los habitantes de los territorios cercanos para intercambiar sus productos locales por bienes provenientes de Manchuria, así como por otros bienes *wajin* provenientes de Honshu central. Es importante destacar que los orígenes de los Andō han sido objeto de debate: no se tiene la certeza de si eran de origen *wajin* o si se trataba

de una familia de líderes locales ezo (Siddle, 1996). La documentación histórica disponible sobre el comercio entre Hokkaido y Honshu es escasa para esta época, pero todo parece indicar que la emergencia de dominios poderosos en los territorios periféricos al poder yamato, como los de los Fujiwara y los Andō, estuvo ligada, casi con toda certeza, a la explotación de los recursos obtenidos de Hokkaido: pieles, algas *konbu*, salmón (Hudson, 1999) o plumas para flechas (Walker, 2006) eran algunos de los artículos obtenidos en el norte del archipiélago que los ainu intercambiaban con los *wajin*.

En 1599 la familia Kakizaki tomó el nombre de Matsumae (Siddle 1996, 32); cuando el *bakufu* Tokugawa subió al poder en 1603, concedió el dominio feudal de una parte de Ezo a este clan (Ishige, 2001), garantizándoles el monopolio y la autoridad para regular los viajes de los *wajin* al territorio ainu (Siddle, 1996). El nuevo gobierno no invirtió en el desarrollo de la agricultura, probablemente en un intento por favorecer la obtención de bienes marítimos por medio de las pesquerías, mucho más lucrativas (Walker, 2006) y que proporcionaban al Matsumae unos jugosos impuestos provenientes del comercio (Fukasawa, 1998); además, al prohibir el cultivo del arroz, los ainu no tenían más remedio que obtener tanto este cereal como el sake mediante el intercambio comercial con los *wajin*, lo que aumentó la actividad de los puestos comerciales de gran manera, beneficiando también a la recaudación de impuestos por parte del Matsumae. De hecho, el oficial sogunal Matsumoto Hidemochi cuenta en 1785 que los señores del Matsumae habían prohibido a los ainu cultivar grano, y existen registros de ainu que fueron descubiertos practicando la agricultura y castigados duramente por el gobierno (Walker, 2006); esta prohibición no sólo se hizo efectiva mediante castigos, sino también mediante amenazas: si algún ainu practicaba la agricultura, las autoridades escribirían su nombre en un papel y lo quemarían delante del dios Bentensama y, entonces, morirían inmediatamente; tanto caló este mensaje sobre los habitantes de la isla que, casi 100 años después, Watanabe recogería en una de sus investigaciones que entre los ainu de las Sakhalin se decía que, si se cultivaba la tierra, enfermarían precipitadamente y el infortunio caería sobre sus descendientes (Fukasawa, 1998).

Con el tiempo, la ocupación de los territorios ainu por parte de empresas que desplazaban y agotaban los recursos y la fauna locales, sobreexplotando recursos tan importantes para la subsistencia ainu como el ciervo y el salmón, facilitó que los ainu se volvieran dependientes de las importaciones obtenidas a través del comercio con los *wajin*, para compensar la escasez de éstos en sus propias tierras (Walker, 2006). La extensión de las pesquerías, que contrataban a los ainu como mano de obra barata, situó a éstos en una posición de explotación laboral que desencadenó en la generación de problemas sociales como ola alcoholemia o la adicción al tabaco (Lie, 2001), hecho que, a la larga, terminaría por convertirse en un motivo más de discriminación por parte de los *wajin*.

Temiendo la expansión de Rusia sobre territorios insulares, el gobierno Tokugawa tomó el control sobre Hokkaido en 1807 y, aunque el Matsumae consiguió retomarlo fugazmente durante unos años, cuando Hakodate se convirtió en un puerto abierto al comercio internacional en virtud del tratado de Kanagawa, Hokkaido volvió bajo el control directo del Bakufu (Sjöberg, 1993, 105).

Con la caída del gobierno Tokugawa y el establecimiento en el poder del gobierno Meiji, comenzaría una nueva etapa en la que el Estado japonés trataría de integrar la isla y sus

habitantes en el marco de su habitual política de modernización: la isla de Ezo es rebautizada como Hokkaido en 1869 y declarada tierra imperial en 1873, probablemente por motivos de seguridad nacional y de defensa contra Rusia. Se promovió una política de colonización desde el Estado, y numerosos ex-samuráis y *wajin* recibieron tierras en Hokkaido para asentarse y fundar sus empresas; esta repoblación terminaría por resultar en la deforestación y sobreexplotación de recursos como el salmón y el ciervo, que estarían al borde de la extinción para final de siglo.

Al agotamiento de los recursos se le unió la expansión de epidemias y enfermedades infecciosas traídas por los nuevos colonos, que supusieron una gran merma en la población ainu (Lie, 2001, 91). Además, el sistema de comercio y prohibición de la agricultura llevados a cabo por el Matsumae cambiaría radicalmente con la restauración Meiji, que distribuyó, también entre los ainu, lotes de tierras, así como aperos y semillas gratis, para intentar fomentar la práctica de la agricultura, pero bajo la condición de que las tierras debían ser puestas en cultivo o serían confiscadas en quince años (Hudson, 2014). Esta política de integración agrícola de los ainu se enmarcó dentro de un programa más amplio de aculturación en las regiones periféricas, en un momento en el que algunas poblaciones de la frontera septentrional habían asimilado diversos trazos culturales de sus vecinos rusos, que abarcaban desde ciertas costumbres, hasta la propia religión católica ortodoxa. Para asegurar la estabilidad y lealtad de estas áreas fronterizas con respecto al poder central japonés, el gobierno Meiji trató de fomentar una mayor integración de las poblaciones locales, levantando templos budistas, animando a abandonar tradiciones locales distintivas, como los tatuajes o la celebración del festival del iyomante, o fomentando el matrimonio mixto entre ainu y wajin; en cualquier caso, dichas medidas no tuvieron una gran aceptación entre la población ainu y, tan pronto como se abandonó la política de aculturación tras la invasión rusa de las Sakhalin en 1808, los habitantes de Ezo retornaron a sus antiguas costumbres (Kitagawa, 1961). En cualquier caso, parece que esta estrategia no funcionó como se esperaba, pues muchas tierras fueron confiscadas en base a este artículo, lo que refleja que la política Meiji de promoción de la agricultura entre los ainu no consiguió que éstos adoptaran el modo de vida plenamente agrícola (Fukasawa, 1998), aunque los pocos que lo hicieron, se integraron en un sistema de cultivo que difería mucho de lo practicado en los huertos que se habían mantenido desde época satsumon a escondidas del Matsumae: si bien, en tiempos antiguos, la ainu era una sociedad de cazadores-recolectores con una práctica subsidiaria de la agricultura, con esta introducción de mejoras técnicas y materiales por parte del gobierno Meiji, los roles y la organización sociales pasan a ser los de una sociedad plenamente agrícola (Watanabe, 1986). La realidad es que los ainu fueron empujados hacia la economía monetaria y se convirtieron en mano de obra barata, tanto dentro como fuera de Hokkaido: no podían vivir de la agricultura, pero tampoco de la caza o de la pesca (Fukasawa, 1998).

A este respecto, es importante tener en cuenta, antes de enfrentarse a las fuentes escritas sobre esta cultura, que la imagen de los ainu se ha visto perjudicada por diferentes clichés, algunos de ellos con origen en los primeros momentos del establecimiento del Estado yamato, y por la animadversión que dichos clichés generaron hacia los *emishi* a los que identificaban con los habitantes de las tierras orientales, es decir, norte de Tohoku y Hokkaido (Nihongi, I, VII, 21-22. Trad. Aston 1972, I, 200-203).

De hecho, ese prejuicio hacia los habitantes de Ezo se fue transmitiendo de generación en generación, tal y como se puede comprobar con la lectura del *Suwa Daimyōjin Ekotoba* (Registro ilustrado de la Gran Deidad de Suwa), de 1356, que divide a los habitantes de la isla en tres grupos, dentro de los que se encontraba el grupo de los “extranjeros”, que tenían apariencia de demonios, eran bebedores de sangre (*Kojiki* II, 30. Trad. Rubio y Tani 2008, 168), desconocían la existencia de las cinco semillas (*Nihongi* I, I, 14. Trad. Aston 1972, I, 21) y hablaban una lengua extraña. Esta descripción es muy similar a la que se hace de los habitantes de Kikaigashima (la isla del demonio) en el *Heike Monogatari* (III, 8. Trad. Craig 1988, 110): según esta fuente, la isla era utilizada como zona de destierro de criminales y estaba habitada por gente peluda y comedora de carne que reflejaban lo que parece ser una imagen estereotipada de las tierras periféricas al territorio kamakura; estos estereotipos han quedado retratados en diversos *e-makimono* de este periodo, que representan a los *emishi* con frondosas barbas. Hacia principios del s. XVI, la tendencia a demonizar a los ainu en las representaciones es incluso más pronunciada (Siddle, 1996), llegando a asemejarse a las figuras de los guardianes *Niō* representados en la arquitectura religiosa de los periodos Kamakura y Muromachi.

Ya desde 1604, durante la época del Sistema *Basho*, los ainu que intentaban aprender a escribir o practicar la agricultura eran objeto de burlas por imitar las maneras de los humanos (*ningen no mane*), en un proceso en el que, además de enfatizar su propia humanidad, los *wajin* negaban la de los ainu, atribuyéndoles características u orígenes animales, siendo el ejemplo más notorio de esta costumbre la creencia extendida de que los ainu eran descendientes de los perros, historia que perduró incluso hasta el s. XIX, cuando fue reportada por varios viajeros occidentales que desembarcaron en tierras japonesas (Siddle, 1996) y que aportaron a sus escritos sus propios prejuicios a la hora de describir al pueblo ainu; un ejemplo claro de cómo los occidentales adoptan los clichés *wajin* para retratar a los ainu está en la obra de Chamberlain (1888), en la que describe la cultura ainu como una cultura inferior “...de estúpidos y bárbaros...”, poco higiénicos, lujuriosos e indecentes, hasta el punto de que, en su redacción de historias de la tradición oral ainu, se permite censurar los pasajes que considera más “pecaminosos” y transformar el texto para que su lectura sea apta para “...*virginibus puerisque*...”, reconociendo sin tapujos la alteración y expurgo de los mismos para tal fin (algo, por otro lado, que era habitual de este autor, tal y como se puede comprobar al leer su traducción del *Kojiki*).

Con el final de la Segunda Guerra Mundial y el reconocimiento por parte del Emperador de su naturaleza humana, se produjo una revisión de los textos históricos, y la idea de una nación homogénea fue promovida en aras de una imagen idílica del pueblo japonés como pacíficos agricultores. Con esta finalidad, se utilizó la antropología física para promover el concepto de la homogeneidad de la raza japonesa y para negar que los ainu fueran un pueblo indígena de Japón. De hecho, se reforzó la idea de nación homogénea mediante la ocultación por parte de las instituciones de la realidad ainu al público general: aunque en 1950 se había reconocido oficialmente a los ainu como una cultura distinta, perdieron esa calificación en 1953, y no volvieron a ser reconocidos como tal hasta 1987. El problema ainu desapareció por completo de la esfera pública, hasta el punto de que era tabú para los medios de comunicación la simple mención de los ainu a principios de los años 60 (Lie, 2001). Esta tendencia a reafirmar el ideal de una nación homogénea continuará ganando adeptos hasta la llegada, con la apertura económica de Japón a occidente en la década de los 60, de los ordenadores —que serían una gran

ayuda para los estudios estadísticos— y de la biología molecular que desterrarían, por fin, la idea de que los ainu eran caucásicos (Fukasawa, 1998), y confirmarían que se trataba de un pueblo indígena del archipiélago (Low, 2012).

6. Reflexiones finales

Una vez analizado el desarrollo de las culturas ainu y okinawense a lo largo de la historia, así como la evolución de la historiografía asociada a dichas culturas, desde las fuentes antiguas hasta los estudios contemporáneos, cabe enfatizar que, además de ser conscientes de que los prejuicios contra estas poblaciones han afectado —y siguen haciéndolo— de manera muy directa a muchas de las investigaciones sobre estas culturas, motivo por el cual hay que manejar las fuentes con especial cautela, hay que tener presente que, aunque estos pueblos proporcionan la posibilidad de establecer en algunos aspectos culturales una serie de paralelismos por comparación etnológica que en el estudio de otras culturas no existe y, aunque no todas las comparaciones son válidas y las que podrían serlo deben ser tomadas con precaución (si bien, como ya se ha expuesto anteriormente, los ainu han persistido en algunos usos y costumbres que hunden sus raíces en época Jomon y pocos autores dudan de la relación entre ambas culturas), hay que tener siempre en mente que las actuales culturas ainu y okinawense no son directamente equivalentes a la jomon, en tanto que, a lo largo de los siglos, ha recibido múltiples influencias de culturas externas, por no hablar de la propia evolución de unas culturas que, hoy en día, cuentan con un contexto económico, ecológico y social muy diferente al que tenían en la Protohistoria.

Agradecimientos y financiación

La autora querría expresar su más sincero agradecimiento a los profesores Rafael Abad de los Santos (Universidad de Sevilla) y Santiago J. Martín Ciprián (Universidad de Tokai) por sus enriquecedores comentarios y apuntes acerca de los emishi y las lenguas protojapónicas, respectivamente.

Este trabajo ha sido realizado en el marco de los proyectos no financiados de investigación en Asia de la Universidad Isabel I, del GIR Humanismo Eurasia (HUME, Universidad de Salamanca), y del Grupo de trabajo en estudios de Asia (GTEA, Universidad Complutense de Madrid).

Contribución específica de los autores

Este trabajo ha sido realizado enteramente por la autora.

Bibliografía

- Abad, R. (2014). Claves conceptuales para comprender la arqueología japonesa a principios del s XXI. *Asiadémica*, 3, 14-24.
- Aikens, C. M. y Higuchi, T. (1982). *Prehistory of Japan*. Academic Press London.
- Asato, S. (2009). Archaeology of the Ryukyu Islands: Major Themes. En R. Pearson, (ed.), *Okinawa: The Rise of an Island Kingdom. Archaeological and cultural perspectives* (pp. 1-4). Archaeopress British Archaeological Reports (International Series, 1898).

- Barnes, G. L. y Okita, M. (1999). Japanese Archaeology in the 1990s. *Journal of Archaeological Research*, 7(4), 349-395.
- Chamberlain, B. H. (1888). Aino Folk-Lore. *The folk-lore journal*, 6(1), 1-51.
- Crawford, G. W. y Takamiya, H. (1990). The origins and implications of late prehistoric plant husbandry in northern Japan. *Antiquity*, 64, 889-911.
- Crawford, G. W. (1992). The Transitions to Agriculture in Japan. En A. Birgitte y T. Douglas (eds.), *Transitions to Agriculture in Prehistory* (pp 117-132). Prehistory Press (Monographs in World Archaeology, 4).
- Crawford, G. W. (2008). The Jomon in early agriculture discourse: issues arising from Matsui, Kanehara y Pearson. *World Archaeology*, 40(4), 445-465. <https://doi.org/10.1080/00438240802451181>
- Crawford, G. W. (2011). Advances in understanding Early Agriculture in Japan. *Current Anthropology*, 52(4), 331-345. <https://doi.org/10.1086/658369>
- D'Andrea, A. C. (1992). *Paleoethnobotany of Later Jomon and Early Yayoi Cultures in Northeastern Aomori and Southern Hokkaido*. Tesis doctoral. Universidad de Toronto.
- D'Andrea, A. C. (1995b). Later Jomon subsistence in Northeastern Japan: new evidence from palaeoethnobotanical studies. *Asian Perspectives*, 34(2), 195-227.
- D'Andrea, A. C. et al. (1995). Late Jomon cultigens in northeastern Japan. *Antiquity*, 69, 146-152.
- Fujimoto, T. (1981). The Satsumon culture. Pre-Ainu culture of Hokkaido. *地学雑誌 (Journal of Geography)*, 90(2), 122-136.
- Fukasawa, Y. (1998). *Ainu Archaeology as Ethnohistory: iron technology among the Saru Ainu of Hokkaido, Japan, in the 17th century*. Archaeopress British Archaeological Reports (International Series, 744).
- Howell, D. L. (2014). Is Ainu History Japanese History? En M. J. Hudson, A. Lewallen y M. K. Watson (eds.), *Beyond Ainu Studies. Changing academic and public perspectives* (pp. 101-116). University of Hawai'i Press.
- Hudson, M. J. (1990). From Toro to Yoshinogari. Changing perspectives on Yayoi Period Archaeology. En G. L. Barnes (ed.), *Hoabinhian, jomon, ainu, korean states* (pp. 63-111). Oxbow.
- Hudson, M. J. (1992). Rice, Bronze and Chieftains. An Archaeology of Yayoi Ritual. *Japanese Journal of Religious Studies*, 19(2-3), 139-189.
- Hudson, M. J. (1999). *Ruins of Identity. Ethnogenesis in the Japanese Islands*. University of Hawai'i Press.
- Hudson, M. J. (2004). The perverse realities of change: world system incorporation and the Okhotsk culture of Hokkaido. *Journal of Anthropological Archaeology*, 23, 290-308. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2004.05.002>
- Hudson, M. J. (2014). Ainu and Hunter-Gatherer Studies. En M. J. Hudson, A. Lewallen y M. K. Watson (eds.), *Beyond Ainu Studies. Changing academic and public perspectives* (pp. 117-135). University of Hawai'i Press.
- Imamura, K. (1996). *Prehistoric Japan: new perspectives on insular Asia*. University of Hawai'i Press.

- Ishige, N. (2001). *History and culture of Japanese food*. Kegan Paul.
- Kidder, J. E. (1966). *Japan before Buddhism*. Thames and Hudson.
- Kidder, J. E. (1977). *Ancient Japan*. Elsevier-Phaidon.
- Kidder, J. E. (1997). The earliest societies in Japan. En D. M. Brown (ed.), *The New York History of Japan, Vol. I* (pp. 48-107). Cambridge University Press.
- Kinoshita, N. (2003). Shell trade and exchange in the Prehistory of the Ryukyu Archipelago. *Indo-Pacific Prehistory Association Bulletin*, 23(1), 67-72. <https://doi.org/10.7152/bippa.v23i0.11853>
- Kinoshita, N. (2009). Shell exchange in the Ryukyu Islands and in East Asia. En R. Pearson, (ed.), *Okinawa: The Rise of an Island Kingdom. Archaeological and cultural perspectives* (pp. 13-39). Archaeopress British Archaeological Reports (International Series, 1898).
- Kitagawa, J. M. (1961). Ainu bear Festival (Iyomante). *History of Religions*, 1(1), 95-151.
- Lie, J. (2001). *Multi-ethnic Japan*. Harvard University Press.
- Low, M. (2012). Physical Anthropology in Japan: the Ainu and the search for the origins of the Japanese. *Current Anthropology*, 53(5), 57-68.
- Muñoz, I. M. (2017): Relaciones internacionales en la Esfera de Interacción del Mar Amarillo en la Protohistoria japonesa. *Antesteria*, 6, 175-195.
- Nakazono, S. (2011). The role of long-distance interaction in the Yayoi period. En N. Matsumoto, H. Bessho y M. Tomii (eds.), *Coexistence and Cultural transmission in East Asia* (pp. 49-68). Routledge.
- Ono, Y. (1999). Ainu homelands: Natural History from Ice Age to Modern Times. En W. W. Fitzhugh y C. O. Dubreuil (eds.), *Ainu. Spirit of a Northern People* (pp. 32-38). University of Washington Press.
- Pearson, R. J. (1990). Chiefly exchange between Kyushu and Okinawa, Japan, in the Yayoi period. *Antiquity*, 64, 912-922.
- Pearson, R. J. (1992). *Ancient Japan*, New York.
- Pearson, R. J. (2013). *Ancient Ryukyu. An Archaeological Study of Island Communities*. University of Hawai'i Press.
- Sahara, M. (1992). Rice cultivation and the Japanese. *Acta Asiatica*, 63, 40-63.
- Siddle, R. (1996). *Race, Resistance and the Ainu of Japan*. Routledge.
- Sjöberg, K. (1993). *The Return of the Ainu. Cultural mobilization and the practice of ethnicity in Japan*. Harwood Academic Publishers.
- Smale, J. (2014). *End of Okhotsk? A Peer Polity Interaction approach to the interaction, exchange and decline of a Northeast-Asian maritime culture on Hokkaido, Japan*. Tesis de máster. Universidad de Leiden.
- Takahashi, R. et al. (2012). Morphological and molecular phylogenetic characteristics of dwarf *Sus* specimens from the Noguni shell middens in the Ryukyu Islands. *Anthropological Science*, 120(1), 39-50.

- Takamiya, H. (1996). Initial colonization, and subsistence adaptation processes in the late prehistory of the island of Okinawa. *Indo-Pacific Prehistory Association Bulletin*, 15, 143-150.
- Takamiya, H. (2004). Population dynamics in the Prehistory of Okinawa. En S. M. Fitzpatrick, (ed.), *Voyages of discovery: the archaeology of islands* (pp. 111-128). Praeger.
- Takamiya, H. (2008). The transition from foragers to farmers on the island of Okinawa. *Bulletin of the Indo-Pacific Prehistory Association*, 21, 60-67. DOI: 10.7152/bippa.v21i0.11763
- Takamiya, H. (2009). Okinawa's Earliest Inhabitants and Life on the Coral Islands. En R. Pearson (ed.), *Okinawa: The Rise of an Island Kingdom. Archaeological and cultural perspectives* (pp. 5-12). Archaeopress British Archaeological Reports (International Series, 1898).
- Turnbull, S. (2007). *Pirate of the Far East. 811-1639*. Osprey Publishing.
- Walker, B. L. (2006). *The Conquest of Ainu Lands. Ecology and Culture in Japanese Expansion, 1590-1800*. University of California Press.
- Watanabe, H. (1986). Community Habitation and Food Gathering in Prehistoric Japan: an Ethnographic interpretation of the Archaeological evidence. En R. J. Pearson, G. L. Barnes y K. Hutterer (eds.), *Windows on the Japanese Past: Studies in Archaeology and Prehistory* (pp. 229-254). University of Michigan Press.
- Yamaura, K. y Ushiro, H. (1999). Prehistoric Hokkaido and Ainu origins. En W. Fitzhugh y C. Dubreuil (eds.), *Ainu. Spirit of a Northern People* (33-46). University of California Press.

Fuentes

- Anónimo. *Heike Monogatari*. Stanford, California: Stanford University Press. 1988. [Edición de H. Craig: The Tale of the Heike. 1.ª edición]
- Ō no Yasumaro. *Kojiki*. Madrid: Trotta. 2008. [Edición de C. Rubio y R. Tani: Kojiki. Crónicas de antiguos hechos de Japón. 1.ª edición]
- Príncipe Toneri y Ō no Yasumaro. *Nihon Shoki*. Tokio: Tuttle. 2000. [Edición de W. G. Aston: Nihongi. Chronicles of Japan from the Earliest times to A.D. 697. 7.ª edición]